

# Reproducción

Número 106. — Tomo VI.

15 de Abril de 1924.

---

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

---

*Administración:* BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

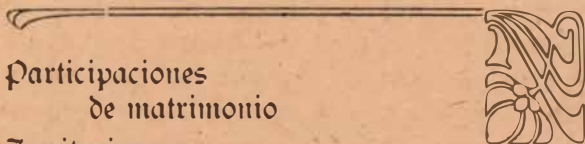
Librería

Encuadernación

Papelería



# Trejos Hnos.



Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ♦ Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento  
en la entrega  
de trabajos.

# REPRODUCCION

No. 106 \* 15 de abril de 1924 \* Tomo VI

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

---

---

## La libertad y la eficiencia social

por Herbert H. Gowen<sup>(1)</sup>

Redacto este escrito, contra la oposición casi unánime de los que me rodean, para expresar el temor de que esta tierra de la libertad, redimida mediante las largas luchas de la libertad cristiana contra los «elementos mezquinos» del mecanismo legal, está lenta pero seguramente en vías de convertirse en un «estado servil». Añado a esto la protesta contra métodos de reforma que cambian a los evangelistas en juristas y a los temperantes en «escuadras de abstinentes».

---

(1) Nacido en Inglaterra en 1864. Clérigo, misionero, geógrafo, lingüista, presidente hoy de la Washington State Philological Society.

Los Estados Unidos están absortos evidentemente en resolver sus problemas sociales por medio del proceso legislativo. No me he tomado la pena de hacer un estudio comparativo de las últimas cosechas de leyes, pero hay fundados motivos para creer que no ha disminuido la enorme producción usual. Un juez de Chicago ha dicho recientemente que la gente de Illinois es la mejor del mundo, sólo que cada vez que oye un buen chiste insiste en hacerlo ley. La gente de Illinois no se singulariza. Hay leyes contra el cigarrillo, para proteger a la juventud de la nación; leyes contra los alfileres de sombrero, para salvar a las damas de la sospecha de que sean susceptibles de humanas sugerencias; leyes contra la expectoración, para corregir a la fuerza la vulgaridad inveterada de los caballeros americanos; leyes para decir cuándo es de buen gusto tocar el himno patrio y para regular el uso de la bandera nacional. Si es posible que alguna prohibición haya escapado a la vigilancia del legislador, es debido a casualidad, no a falta de intención. Bajo tal régimen, llegaremos a ser

una nación de parásitos sociales, conducidos, como dice Ibsen «en batallón, de igual modo que un cabo dirige a sus hombres». La gente se olvida de que Heine dijo:

Si Europa se convirtiera en una sola prisión, todavía quedaría otro agujero por donde escapar, es decir, América, y, a Dios gracias, ese agujero es más grande que toda la prisión.

La tentativa de reformar la naturaleza humana valiéndose de presión, impuesta generalmente de fuera, se ha probado con frecuencia, y ha fracasado el mismo número de veces. En lo pasado, han abortado innumerables proyectos lanzados con el propósito de sustituir «*mores*» por «*leges*». La pregunta de Horacio «*Quid leges sine moribus vanae proficiunt?*» es el mejor comentario. ¡Cosa rara! Tiberio fué el primero que se distinguió por su insistencia en pro de un grado mayor de libertad, al sugerir que el mejoramiento de conducta produciría quizá mejores resultados que la promulgación de leyes. El imperio chino llevó muy lejos y en forma más permanente que cualquier otra nación las tentativas

en el sentido prohibitivo, y puede decirse que el éxito obtenido fué hacer perder a China su propia alma, dejándola patéticamente esclava de un régimen de etiqueta estéril, del cual hasta ahora no le ha sido posible escapar.

El Japón también siguió el mismo camino y hay relatos casi increíbles del grado hasta donde se llevó tal legislación. El judaísmo eclesiástico, antes de la era cristiana, se entregó a igual tarea y la enseñanza de los profetas se apagó en las prohibiciones legales. Recordaremos la denuncia lanzada contra aquellos que continuamente oprimían la conciencia de los hombres con cargos que, como declara San Pedro, «ni nosotros ni nuestros padres podíamos soportar». La lucha que sostuvieron los discípulos de San Pablo fué en interés de la libertad, para apartar de la iglesia el peso terrible de una virtud que se reducía a hacer cosas prescritas y tan complejas que multiplicaban las transgresiones y causaban desesperación. San Pablo descubrió que la obediencia a la ley exterior obscurecía las fuerzas



más elevadas del alma. Para él representaba la lucha entre la mujer esclava y la mujer libre. Por supuesto, la libertad trajo consigo ciertos peligros que la voluntad débil y el cerebro excitable no pudieron dominar. Existió la herejía en aquellos tiempos, lo mismo que en la época de Lutero, pero el resultado final fué un beneficio incalculable; y aunque por un lado declaraba el apóstol arrebatadamente que «la fuerza del pecado es ley», desarrollaba por otro lado las ideas de libertad que el cristianismo ha convertido en propiedad común de la humanidad.

La historia en general demuestra que tarde o temprano la humanidad reclama esta libertad como su derecho de herencia y retrocede ante leyes artificialmente producidas. Mas, cuando se han arrastrado cadenas por largo tiempo, las consecuencias son evidentes hasta un extremo trágico. Es suficiente recordar el cuento de Tagore, en *The Kingdom of Cards* (El reino de las cartas), donde todo el mundo se movía «sujeto a reglas», y por lo tanto, con indiferencia e inercia,

hasta que llegaron los Tres Compañeros y transformaron la isla engendrando *el deseo* en el país. De igual modo, cuando los hombres se han hundido en lo que Emerson llama «un mar turbio de compromisos», brota de la humanidad alguna irrupción sana de personalidad, sacando a los hombres del estancamiento e inspirándoles aquel «sublime disparate que sobrepasa los límites de un éxito insignificante».

Mas, bien reflexionado, el error que existe en el fondo de las tentativas para lograr un mundo eficiente mecánicamente, a expensas de la vida, e inocente a expensas de la fuerza, es más que un error: es un pecado, un pecado contra la personalidad. Según dice Kant:

El hombre debe siempre considerarse como el término final, jamás como el medio de alcanzar el fin.

Y el precio que exige su personalidad es la paciente aceptación de un desarrollo muy lento. Es necesariamente un desarrollo en que la presión del ambiente no predomine sobre la acción de la fuerza interior. El mundo



impaciente prefiere la eficiencia mecánica a los errores posibles y hasta probables que acompañan la evolución del temperamento.

Por otro lado, dice Wells que el Estado ideal preferiría cierta desmaña en su servicio antes que la perfección trillada del funcionario rutinario. El Dr. McBain de la Columbia University, dijo recientemente:

Por muchos años, nos han señalado las ciudades alemanas como el modelo que ha de servirnos en nuestros asuntos municipales. Quiero creer que no hay comunidad en esta gran nación que hubiera tolerado siquiera por un año los principios y métodos de gobernación que prevalecen en las ciudades alemanas... En el camino de la eficiencia, debemos conservar lo que para nosotros es el soplo de nuestra vida política: *la libertad individual* de ambos sexos.

Hace muchos años, un gran obispo inglés, hablando de la cuestión de temperancia, hizo un epigrama que desde entonces se ha empleado para tachar su fama y menospreciar la cordura de los que pensaban como él. Su declaración, sin embargo, es esencialmente verdadera. Dijo el obispo Magee:

Preferiría ver a Inglaterra ebria y libre, antes que sobria por la fuerza.

Lo que quería decir es claro. En general, la abstinencia completa es una virtud negativa que puede alcanzarse, como hoy en día, por medio de una legislación restrictiva. De otro lado, la libertad es la fuerza de mantener el respeto de sí mismo ante la tentación. Una es la inocencia del hombre encerrado bajo llave; la otra, la salud del que anda libre, reprimiendo mediante la voluntad disciplinada sus pasiones bajas. El primero sólo puede decir: «*Non possum peccare*», el segundo dice: «*Possum non peccare*», y la teología enseña con razón que entre ambas frases hay un mundo de diferencia.

Continuando: Visto que el error aludido es un pecado contra la individualidad, hay que temer deficiencias en los métodos adoptados para combatir el mal. Hay cierto paralelismo entre el partidario de la prohibición y el de la paz. Cada cual se horroriza más por el síntoma que por la enfermedad. Para el prohibicionista, el mal fundamental no es la debilidad

de una voluntad indisciplinada, sino más bien el asqueroso espectáculo que hace del borracho un objeto chocante para el público. Podría continuar siendo una criatura negativa y sin voluntad siempre que no causara escándalo en la calle. El demonio está en la bebida que toma, no en su propia alma. De igual modo, al pacifista le repugnan menos la avaricia y el egoísmo, que hacen imposible la paz, que la mancha roja que estas cosas producen en el campo de batalla. Aquél desea proteger su meticuloso respeto por las conveniencias con la promulgación de leyes de abstinencia completa, mientras que éste quiere ocultar la corrupción internacional con la declaración de una «paz» precaria obtenida por las conferencias de la Haya.

Llegamos a la conclusión de que el método restrictivo calcula mal las causas del desorden social e internacional. El crimen se imputa al objeto de que se abusa, mas bien que a la personalidad que comete el abuso. Se condena la cosa externa que, como todo en el universo, contiene un germen

de tentación para un propósito omnisciente, en vez de condenar el impulso desgobernado que hace pecar por ceder al deseo inmoderado. No tiene la culpa Faetón de haber incendiado el mundo, sino el carro del sol que no debería haber salido de su garage. ¡El cuchillo tiene la culpa, no el asesino!

Tenemos además un concepto erróneo de la perfección moral del hombre. Es la apoteosis del hombre negativo. El hombre virtuoso no bebe, no fuma, no juega a las cartas, no va al teatro, y sólo goza, en una palabra, de una vida circunscrita y llena de fruto prohibido. Sólo se alcanza consecuentemente el colmo de la virtud, como lo sugieren en efecto muchos lindos epitafios, cuando ha muerto un hombre y está exento para siempre de las provocaciones de la vida. Aquel que de vez en cuando rompe con las circunstancias estrechas que lo rodean, es sin embargo infinitamente más útil a la sociedad que el que se somete simplemente a la restricción social. Amiel en su *Journal Intime*, describe una banda de jaraneros borrachos pasando una noche por delante de su

casa y se extraña de que pueda ser posible manifestación tan degradante. Concluye que es sólo el esfuerzo imperfecto para expresarse, de una individualidad que no ha podido desarrollarse. De modo que, aunque el espectáculo es

*la caricature de notre plus précieux privilège  
la parodie de notre apothéose et l'en-  
canaillement de notre suprême grandeur,*

también percibe allí la revelación de un espíritu personal que no se conforma con ser subyugado por la naturaleza. Confieso mi simpatía por las ideas de Amiel.

Además, la vida debe considerarse como enriquecimiento, tanto por la elección de voluntad y experiencia, como de visión intelectual. Esto parece inevitable a los que se afilian como discípulos de aquel cuyo primer prodigio, la nota fundamental del ministerio que iniciaba, fué la transformación del agua en vino; aquel a quien llamaron «hombre glotón, amigo de publicanos y pecadores»: aquel que hizo del festín de pan y vino el gran rito sacramental del cristianismo. El



conflicto entre el maniqueísmo y el cristianismo fué la cuestión de si la salvación consistía meramente en preservar las partículas luminosas de la contaminación con materia más basta o en enriquecer la vida con la experiencia adquirida por medio de la encarnación.

Una vez más, tenemos una concepción errónea, porque es puramente materialista, del destino final del hombre. Se exige el paraíso aquí y ahora, del mismo modo y bajo las mismas condiciones que el pacifista exige la paz. En suma, es un paraíso tal como lo prepararía una convención de corrección y beneficencia para un público dócil, un mes después de recibir aviso al efecto. La larga paciencia de Dios educando, durante edades inimaginables, es inconcebible al espíritu que pretendería que Dios hiciera mover con presteza un universo tardío y eliminara la recompensa que existe en el mismo proceso. Donde Dios concibió un paraíso de espíritus fuertes elevándose sobre el infierno para contemplar las estrellas, y pasando grado tras grado el camino doloroso del



purgatorio, los reformadores modernos levantarían un asilo espacioso y cómodo, con ventanas atrancadas y celdas suavemente tapizadas, donde todos, fuertes y débiles, estuvieran encerrados y exentos de todo peligro durante una eternidad de *ennui*.

Sin embargo, allende conceptos erróneos especulativos, hay que notar graves indicios de fracaso completo. Aludiré a ellos brevemente.

Primero, hay la promoción de la bebida ilícita, tomando con frecuencia la forma de afición a bebidas más dañosas, física y moralmente, que los brebajes comprendidos en la proscripción general.

Segundo, hay el acrecentamiento de connivencias para evadir la ley, resultado lógico del sobreseimiento del principio de imperio sobre sí mismo, para depender de un libro de estatutos, más voluminoso a medida que la sociedad descubre mayor número de fragilidades punibles. El hombre débil, que no llega a fortalecer su voluntad, reaccionará al mal en las instituciones del país, y cuando el gobierno representante el equivalente de un agente de

policía pagado, se desarrollará pronto la inclinación de obrar a espaldas de la policía. El principio de *cupimus negata* es más o menos universal. <sup>(1)</sup> Después viene el desprecio general de la majestad de la ley, hasta el punto de que los cuervos se emperchan insolentemente en los espantajos, y las leyes contra el uso de revólveres sólo sirven para multiplicar los homicidios; y las leyes de prohibición completa, para aumentar la intemperancia.

Tercero, después que la legislación ha arrastrado directamente su carro de Juggernaut sobre el sistema social completo, la debilidad principal queda intacta. La verdadera intemperancia, tan bien descrita por los poetas, pintores y escritores de alegorías de los tiempos antiguos, queda sana y salva.

Consideremos algo más constructivo, puesto que en ningún sentido soy defensor del *laissez-faire*. Las fuerzas de la evolución pueden recibir ayuda muy considerable de la cooperación

---

(1) Todos, en efecto, *apetece*mos lo que se nos *niega*. Los poetas filósofos de todos los tiempos han expresado este principio con más o menos *galanura*.—E. J. R.

humana, y no hay que menoscabar la importancia de dar a los débiles, en ciertos períodos, la misma protección que concedemos al niño en la cuna. Sin embargo, hay que excluir aquellos métodos de protección que han de paralizar el impulso hacia una iniciativa libre. Cada generación debe desarrollar este impulso y pasarlo a la posteridad. Por lo tanto, recalco el temor de que la democracia sea arrastrada hasta el despotismo, de que el interés del hombre anormal lo determine todo bajo la norma del débil y regule toda actividad al paso del tardío. Considero con irritación una sociedad en que *Verboten* sea el rótulo común de los privilegios, en que todo lo que significa riesgo para el inmaturo haya de ser censurado, en que los cuchillos se hayan hecho romos diligentemente, donde no se vendan otros libros sino los que puedan leer las *jeunes filles*, y donde toda la exuberancia provocativa de la vida haya de cambiarse por cercados limitados y cuidadosamente resguardados.

La cantina llegó a ser una molestia social, pero sólo porque el descuido

social permitió que llegara a ser una cosa mala. Hay mucha gente buena dispuesta a desempeñar los mismos oficios en relación con el teatro, la sala de baile y otros medios conocidos de recreación.

En una palabra, la sociedad no ha hecho caso de los instintos sociales de los humildes; hasta los ha perseguido fuera de los límites decentes y entonces ha exclamado con unción: «¡Uf! ¡Echemos fuera a este demonio y encalemos su domicilio!» Según la naturaleza de las cosas, bajo la debida dirección y con la simpatía social, no hay razón por qué la cantina que venda brebajes puros no provea un punto de reunión tan inofensivo y hasta útil para los hombres cansados, como un jardín de cerveza en Munich o una taberna pública en los caminos reales de Francia. La falta de consideración debida hacia las necesidades sociales de la humanidad hizo de la cantina lo que ha llegado a ser; quizá la provisión oportuna de esa consideración produciría, con el tiempo, la reforma deseada.

Las reformas sociales no deben

limitarse a métodos que pasen por alto la necesaria libertad individual.

1. Hay un campo prolífico en el tratamiento del individuo como individuo. Las víctimas del alcoholismo pueden tratarse con la misma ternura personal que se emplea con otras víctimas de impotencia y enfermedades, en vez de hacerlas el objeto de brutal denunciación o de burlas todavía más brutales. El tratamiento médico, que consiste en poner ciertos casos bajo sujeción temporaria para levantar la fuerza de resistencia física y volitiva, sugerirá métodos llenos de enormes posibilidades para hacer el bien. Más eficaz todavía que el poder fortalecedor de la asistencia médica será la influencia de una personalidad cariñosa y auxiliadora. Muchos que se resienten de las restricciones impuestas por una autoridad externa, consentirán en la abstinencia voluntaria para que su conducta no dañe a un hermano más débil.

2. La reforma de la embriaguez debe acompañar a la reforma de las condiciones que hacen posible la embriaguez. Tengo muy poca fe en las



estadísticas que atribuyen ciertos males a ciertas causas definidas, pero estoy dentro de los límites de la razón al afirmar que la pobreza, el entorpecimiento y en general un ambiente sórdido, conducen a la embriaguez por lo menos con tanta frecuencia como la embriaguez es causa de estas mismas miserias. Haciendo la vida más interesante, más saludable, más sana, menos monótona, menos obscura por una atmósfera sombría, veremos menos inclinaciones a llevar una vida disoluta.

3. Sobre todo, la suplantación de las pasiones bajas por la revelación de la gracia divina es la fuerza que ha permitido a millones triunfar sobre los impedimentos de una naturaleza limitada y ha convertido al feble en un príncipe para con Dios. En una tierra donde muchos todavía conservan la fe cristiana y donde la causa de reforma social está tan estrechamente ligada con la doctrina cristiana, no hay razón de vacilar para indicar un medio de salvación que tenga alguna semejanza con los métodos de que se valió el mismo Cristo y que sea un



preservativo más poderoso que cerrojos y barras.

Se dice que la democracia está justificada por sí misma como principio de gobernación, porque todos los errores populares tienen cierta reacción educadora sobre el mismo pueblo evitando que se cometan otros errores. Sin embargo, si la eficiencia social aquí y ahora mismo es lo único que debe considerarse, ¿no sería mejor solicitar los servicios de algún «jinete» para establecer un despotismo benévolo? Cuando considero la lentitud del progreso en toda la historia humana, observo la misma clase de evolución en gran escala que la que se manifiesta en pequeña escala en la historia de la civilización anglosajona. Hay mucho despilfarro actual, mucha ineficacia, mucha turbación para llegar a un resultado final; pero con todo esto veo una adaptación gradual hacia fines que hacen del resultado una cosa orgánica más bien que una pieza de mecanismo perfeccionada.

Posiblemente los Estados Unidos han llegado a la encrucijada. ¿Escogerán la senda normal por donde ha avan-

zado hasta ahora nuestra civilización o se habituarán a la tiranía por medio de la cual se obtiene la eficiencia presente al riesgo de comprometer los más altos sentimientos de la vida? <sup>(1)</sup>

No tengo ningún deseo de menospreciar el éxito que, en cierto modo, puede esperarse en el camino que al parecer ha escogido nuestra legislación. No discutiré las múltiples ventajas, ya se analicen los archivos de la corte de policía, los mercados o los bancos, aunque sospecho que el estadístico registrará progreso a menudo allí donde el moralista estará dispuesto a ver decadencia; pero considero esta clase de progreso equivalente a la fuerza que emplea el servicio de policía para hacer transitar el público, y hallo un abismo tremendo e insondable entre la civilización alcanzada de este modo y la vida que se ha abierto paso a fuerza de luchar por

---

(1) De esta tiranía, no da muestras de cuidarse la actual generación. En México, en Costa Rica, en Bolivia, cuando se habla de tiranía es refiriéndose a la tiranía—*naturalmente limitada*—que puede ejercer un individuo. En la tiranía arrolladora y tremenda de las muchedumbres, reunidas en las plazas o en Congresos, en esa nadie piensa.—E. J. R.

la libertad contra «la oposición cerrada» para «aplástar la tentación bajo los pies» y mantenerse «triumfante sobre el pedestal».

---

## De Maynard Mayo Metcalf

Ilustre biólogo nacido en Ohio en 1868

La filosofía alemana del Estado como unidad, sus doctrinas de que el Estado es la entidad primera y que el deber hacia el Estado es el deber final, sus pretensiones de que el Estado es la fuente de toda ley, y por consiguiente está sobre la ley y no sujeto a ella, están basadas en premisas que sería conveniente analizar.

Sería quizá posible organizar la sociedad sobre la base de las naciones como rivales en vez de unidades cooperadoras; pero este plan llevado a cabo fielmente daría por resultado la anarquía en lugar de producir una sociedad mundial, por lo menos hasta que un solo Estado se hubiera convertido en soberano del mundo. Así

como en las pequeñas comunidades sociales LA SELECCION SE PERFECCIONA POR LA COOPERACION, y del mismo modo que una sociedad comunal interna es posible únicamente cuando se ha producido la cooperación, una sociedad mundial entre las naciones es posible solamente en proporción al desarrollo de la cooperación. La rivalidad se ha restringido y dominado dentro de las comunidades, y se ha refrenado la lucha entre los individuos, mediante el desarrollo de la ley. La cooperación entre los individuos de una comunidad, y no el dominio de un solo individuo, es el plan de organización que se ha verificado en todas las comunidades humanas; y el grado de progreso de la cooperación y de restricción de la lucha, parece representar la medida exacta del adelanto de la civilización de la colectividad. Si existiera un grupo de seres humanos entre los cuales fuera ilimitada la facultad de la lucha, aquello conduciría probablemente al dominio absoluto de un solo individuo en cada grupo. Pero la evolución social no ha seguido esta dirección. Las comunidades de este

tipo se encuentran a veces entre los rebaños feroces unglados, pero no entre los hombres.

Es difícil encontrar razón alguna para creer que relaciones de esta clase entre las naciones fueran posibles para el mundo en general y que contribuyeran en alguna forma al bien de la humanidad. Las presunciones parecen a favor de una sociedad mundial organizada más o menos bajo el mismo plan bajo el cual se ha desarrollado la sociedad entre comunidades menores, es decir, una comunidad de naciones en que la cooperación se desenvuelva ampliamente y la violencia de las rivalidades se restrinja por una ley basada en la sanción moral y la fuerza física de toda la comunidad de naciones. <sup>(1)</sup>

---

(1) En realidad, los términos *cooperación* y *organización* son indisolubles en biología: no es posible la cooperación sin la organización, ni es posible la organización sin la cooperación. En la lucha por la existencia sobrevive el más fuerte, pero el más fuerte se produce por cooperación. Así, la cooperación es la condición de la selección, y el prusianismo constituye la aberración mental más grande de que yo tenga noticia.

El ex-canciller von Bülow reconocía que: «la inteligencia alemana había llegado al cenit sin la ayuda de Prusia» y que «la vida intelectual alemana se debe principalmente a las obras del Sur y del



\*  
\* \*

Consideremos de otro lado este punto en que tan vigorosa y francamente insisten los modernos filósofos sociales alemanes: que siendo el Estado la fuente de toda ley se halla por consiguiente sobre la ley. Hay dos proposiciones importantes en esta afirmación, dignas ambas de análisis detenido: primera, que el Estado es la fuente primera de la ley; segunda, que siendo la fuente de la ley se halla sobre la ley y no está sujeto a ella. En mi opinión, ambas afirmaciones son falsas. Aun descartando la idea de una comunidad mundial y de sus leyes, la concepción alemana del Estado como fuente de la ley es parcial e inadecuada. El Estado es el mecanismo que establece la ley y podría llamarse la fuente del establecimiento de la

---

Oeste, perfeccionadas mediante la protección de los príncipes, los *pequeños Estados* y las ciudades libres»; pero agregaba a punto seguido que lo importante no era la inteligencia alemana, sino el Estado alemán, y que éste se había desarrollado en Prusia, «el rudo y enteramente prosaico Estado de Soldados y Oficiales».

E. J. R.



ley. Pero todo aquello legal que tiene la sanción de la verdad y de allí recibe su autoridad final, no proviene del Estado sino de la realidad en que se basa. Hay leyes fisiológicas, si así podemos llamarlas, cuya autoridad sobrepuja todas las leyes dictadas por el Estado; hay igualmente leyes económicas y hay leyes morales mucho más vitales en las relaciones humanas que todos los dictados nacionales. El Estado no es la fuente de la ley fundamental que los ingleses llaman «derecho natural». Únicamente las formas legales para el funcionamiento de los principios de este cuerpo de ley fundamental dependen del Estado. La verdad es en sí misma la fuente primera de toda ley fundamental, y los dictados humanos cambiarán constantemente según adquieran los hombres apreciación más completa de las realidades de relación que actúan bajo todo movimiento humano. El Estado no es sino el medio de ayudar a los ciudadanos a adaptarse a la realidad fundamental. Como dijo muy bien Henry C. King, la afirmación del culto prusiano de que el Gobierno es la

fuelle de toda ley y se encuentra por lo mismo encima de la ley:

No puede aplicarse tan siquiera al Gobierno de Dios, sea cualquiera la forma en que definamos el concepto de «Dios». Dios no es la fuente de la ley moral. La fuente de la ley moral es la verdad. La verdad existe. No es derivada. Existe por sí misma, no por los dictados de Dios ni de los hombres, y es la fuente primera y la sanción de toda ley.

## In Parvo

Es hecho muy significativo en las dos Alemani-  
as que ninguno de los grandes compo-  
sitores alemanes haya sido prusiano. Bach  
era de Turingia; Mozart, bávaro; Haydn, ciu-  
dadano austriaco, croata probablemente;  
Beethoven nacido en Bonn, de origen fla-  
menco por su padre; Weber era austriaco,  
aunque nacido en Holstein; Schubert era  
austriaco; Schumann, sajón; Mendelssohn era  
judío, nacido en Hamburgo; Wagner fué sa-  
jón; Brahms nació en Hamburgo, de des-  
cendencia sajona.

EDWAR DICKINSON

\*  
\* \*

«No hemos nacido para resolver los  
problemas del mundo, sino para des-  
cubrir en qué consisten tales proble-  
mas, desempeñar la parte que nos  
corresponde, y sostenernos luégo en  
el punto hasta el cual hemos logrado  
llegar».

Así se expresaba la sabiduría de  
Goethe y así se expresará siempre la  
cordura de un hombre, sean cuales  
fueren su talento y su saber.

\*  
\* \*

Por razones de neurología a que se ha hecho referencia en otro párrafo de esta misma sección, el naufragio del TITANIC ha resultado una inmensa desgracia. Ya no hay jefe de Estado que no deje hundirse la nave a su cargo, cantando alegremente: «¡Más cerca de tí, Dios mío!»

¿Que no estamos en ningún Titanic? ¿Que no es el caso de cruzarse de brazos?—No lo será, pero es lo más cómodo. Con afectación de filosofía—que no faltará quien califique de espiritualista—vuelve úno la espalda a todas las grandes realidades y coloca en el lugar de la ciencia del gobierno, de otros tiempos, algo más fácil y agradable: LA POESÍA DEL DESGOBIERNO.

Y no faltará quien aplauda. Y no faltará quien para ello invoque la sabia sentencia de que el *mejor gobierno es el que no se siente*. ¿Siente acaso al Gobierno actual el trabajador agobiado por el fardo monstruoso de impuestos que se le ha echado encima? ¿Sentir el peso de las contribuciones es acaso sentir al Gobierno?

(Reproducción, N.º 61).

*En general, el arte del gobierno consiste en tomar la mayor cantidad posible de dinero a una gran parte de los ciudadanos, para darla a otra parte.*

VOLTAIRE.

\*

*Dinero, dinero, más dinero: hé ahí el nervio de la llamada democracia—o tiranía de las mayorías, la más execrable de las tiranías. Dadle dinero a la «democracia» y ella cumplirá su programa. Dinero para los diputados, dinero para los enfermos, dinero para los mendigos, dinero para los artistas, para los letrados, para todos los amigos del Gobierno, para los amigos de los amigos del Gobierno, dinero para todo el mundo, como confites en un bautismo.... Para procurárselo, aumentará el presupuesto, se apoderará de la industria grande y pequeña, depreciará los valores industriales y comerciales, astigirá el trabajo libre, inquietará el comercio libre, matará la enseñanza libre, amenazará el consumo libre, proscibirá el sufragio libre.... y pondrá en quiebra al Estado.*

PROUDHON.

Trad. E. J. R.